

RECORTE - REVISTA DE LINGUAGEM, CULTURA E DISCURSO

ANO 3 - NUMERO 4 - JANEIRO A JUNHO 2006

[início](#)

LER PÊCHEUX HOJE: ÉTICA E TEORIA ¹

J. Guillermo Milán-Ramos
UNICAMP / PROJETO SEMA-SOMA

RESUMO – O presente texto se propõe chamar a atenção sobre alguns aspectos do *estilo de teorização* de Michel Pêcheux, ou, mais precisamente, sobre o *alcance ético* de seu estilo de teorização. Michel Pêcheux explorou a possibilidade da análise do discurso com o empenho e a criatividade de um sujeito que *não cessa em seu desejo*. Ele acreditou firmemente, ele entreviu a chance histórica de criar a articulação entre o *materialismo histórico*, a *lingüística* e a *teoria do discurso*, atravessada por uma teoria *psicanalítica* da subjetividade. Esse empenho o levou a percorrer e reconhecer o formidável *impasse* que a teoria psicanalítica introduziu na sua proposta de análise do discurso, e também o levou –fato que destacamos –, ao “*início de uma retificação*” (Pêcheux 1979). Pela ênfase que Pêcheux colocava no *impasse* teórico, na *contradição*, na *falha*, na *retificação*, ele reconhecia o atravessamento da AD pela psicanálise, não somente num nível teórico-epistemológico, mas também no seu próprio *estilo de teorização*, na sua *prática teórica*, na própria forma de incluir-se como sujeito na teoria. Se vislumbrarmos o momento dramático em que Pêcheux se viu reduzido à sua própria descoberta, vemos nesse momento que o *impasse* da teoria foi o *impasse* de seu próprio desejo.

Era necesario hacerlo! (...)
Michel Pêcheux
(en “*Sólo hay causa ...*” – refiriéndose a la
“imperdonable” exageración de Althusser en la
tesis de los Aparatos Ideológicos del Estado)

El desafío teórico que se impuso Michel Pêcheux impresiona por su ambición, originalidad y coraje teórico, por el deseo que trasunta de incidir verdaderamente, de transformar los rumbos de la teoría y análisis discursivos, haciendo de esa transformación el medio electivo de comprensión de las prácticas discursivas en la sociedad, y hacer de ello una herramienta de transformación y revolución social.

En los escritos de Michel Pêcheux puede reconocerse una *ética* del trabajo

teórico. Lean Pêcheux y reconocerán diferentes momentos teóricos, “épocas”, lúcidas rectificaciones, implacables autocríticas... y algo que persiste, que se muestra por su propia insistencia, deseo que no cesa. Como si Pêcheux quisiese demostrar *en acto*, en el movimiento mismo de su práctica teórica, que *rectificarse no es ceder en el deseo*, y que la autocrítica y el reconocimiento del error forman parte del movimiento positivo de la teoría.

El trazo peculiar, fundador, es su intento de articular “regiones teóricas” diferentes, que coexistían –en el medio universitario y fuera de él– de modo más o menos aislado, más o menos ignorando sus determinaciones mutuas. Pêcheux & Fuchs (1975) referían a esa articulación del siguiente modo:

Para evitar todo equívoco que corriera el riesgo de mezclar el necesario trabajo crítico adecuado a un campo teórico y las tentativas de volver hacia atrás que apuntaran a abandonar ese campo, empezaremos por presentar en una primera parte un cuadro epistemológico general de la empresa. Reside, según nosotros, en la articulación de tres regiones de conocimientos científicos:

- El materialismo histórico como teoría de las formaciones sociales y de sus transformaciones, incluida la teoría de las ideologías.
- La lingüística como teoría de los mecanismos sintácticos y a la vez de los procesos de enunciación.
- La teoría del discurso como teoría de la determinación histórica de los procesos semánticos.

Añadamos que esas tres regiones se ven, en cierta manera, atravesadas y articuladas por la referencia –que convendrá hacer explícita– a una teoría de la subjetividad psicoanalítica. (p. 227-8)

El secreto del éxito y del impacto de Pêcheux es su relación con la teoría. Es políticamente admirable –certero, revulsivo– y teóricamente removedor, el gesto de Pêcheux de plantear la necesidad de una articulación entre *materialismo histórico*, *lingüística* y *teoría del discurso*, atravesados por el *psicoanálisis*. Ese –arriego afirmar aquí– fue su principal *éxito*, su más certero gesto, político y teórico: haber confiado en el *salto en el vacío* de su intuición, haber adivinado algunas de las vías a través de las cuales se sugiere una trama fina común, un orden tal vez discernible de determinaciones y sobredeterminaciones entre la historia, el lenguaje y su puesta en discurso, atravesados por el inconsciente psicoanalítico.

En ese gesto de Pêcheux coexisten niveles, podría decirse, *irreconciliables*, una cohabitación *imposible*, porque introduce un desorden, un *impulso desagregador* en el mismo movimiento en que se plantea definir el espacio de *articulación* entre las referidas regiones del saber. Este momento de *exageración* es extremadamente necesario y “saludable” en el pensamiento teórico: es el momento electivo de exposición subjetiva, de subjetivación de la teoría, el momento del *golpe-de-dados* en que algo puede ser genuinamente inventado, creado, descubierto. Por eso el gesto de Pêcheux es profundamente provocador y subversivo, un formidable *lance*, político y teórico, y precisamente ahí radica su verdadero valor –el tono de su escritura no siempre lo revela, tal vez sólo en particulares momentos de “crisis” del pensamiento. Nada de pacífico, nada de tranquilo ni de domesticado podía resultar de ahí:

(...) preparar las condiciones de una transformación radical del

problema en sus términos mismos, es decir, las condiciones de una revolución en la que cada uno se da cuenta de la necesidad, pero de la que es imposible prever hoy su forma: si es verdad que “(solamente) se destruye aquello que se sustituye” (el AAD [Análisis Automático del Discurso] pretende destruir, desde este punto de vista, el “análisis del contenido”), la responsabilidad teórica impone que se prepare en primer lugar el terreno sobre el cual se podrá efectuar el desplazamiento-sustitución que evocamos aquí mediante la metáfora de la palabra “revolución”. En particular, esto supone que ya no existe el retraso apreciado en el nivel de los procedimientos prácticos de tratamiento de los textos con relación al nivel alcanzado en las discusiones que versaban sobre la relación entre las tres regiones que mencionábamos más arriba, y ante todo, que se haya cerrado el espacio que separa el *análisis del discurso de la teoría del discurso*. (*op. cit.*, p. 228-9).

Planteado, producido en serio, el encuentro entre esos campos teóricos... resultó literalmente *explosivo*, increíblemente polémico, angustiante, y si quisiésemos pasar una imagen de ese embate, podría ser todo menos una imagen de armoniosa complementariedad. Piénsese en Marx, Lenin y Althusser, en Freud y Lacan, en Saussure y en los desdoblamientos que suscitó su definición del campo de la lingüística (en autores como Jakobson, Benveniste...).

El interior de cada una de estas teorías se agita y se sacude con cuestiones de doctrina *ya* suficientemente polémicas, no resueltas, incómodas...; súmese el embate y las luchas de poder por la ocupación de los espacios institucionales (académicos, o no) inherente a la organización de las disciplinas (universitarias, o no), que de por sí reorientan y/o “deforman” las relaciones teóricas entre las disciplinas sociales y humanas –de paso, esas luchas frecuentemente enfrentan entre sí a las mismas disciplinas que Pêcheux se propuso articular...; y en ese “caldo de cultivo” surge Pêcheux y coloca a todos en ruta de colisión, planteando en un lenguaje extremadamente claro y lúcido la necesidad de ir al encuentro de *todavía más polémica*, de lo no-resuelto y del malestar que se suscita en la confrontación teórica con las más beligerantes regiones de saber vecinas...

Y otro aspecto, muy simple pero que se impone por sí mismo con tremenda fuerza, que no admitiría ser desconsiderado, que aparece produciendo efectos determinantes: me refiero a la *amplitud* del terreno demarcado por Pêcheux, al nivel de exigencia y a la disposición de trabajo que su bastedad pluri-disciplinar reclama, a la apertura de formación teórica (teórico-política), y, permítaseme decirlo, a la *apertura de espíritu* que requiere. Tomado en serio, el planteo de Pêcheux exige *circulación teórica fluida*, desde la lingüística a la teoría del discurso, del marxismo al psicoanálisis, y luego –sin olvidar ni negligenciar ninguno de esos lugares– llegar al *corpus*, constituir los datos concretos del análisis discursivo. Si en la última cita referida, Pêcheux nos habla de la “puesta a punto” entre la teoría y los procedimientos prácticos de tratamiento de los textos, no puede pasarse por alto la propia “puesta a punto” del analista del discurso y de los equipos de investigación en los que participa, que deben acompañar con su formación el crecimiento y las (nuevas) exigencias de la(s) teoría(s) y de la práctica que constituyen sus lugares. Muchas veces, debemos reconocer, ni siquiera la *circulación social fluida* entre esas áreas es bien vista o permitida...

“YO TOMO PARTIDO...”: EL LUGAR DE LA CONTRADICCIÓN

Precisamente como marxistas, en interés a nuestra fidelidad a la obra de Marx, debemos reconocer el error de Marx.
(Slavoj Žižek, en *El frágil absoluto*)

Hay algunos elementos que a primera vista parecen esenciales, absolutamente determinantes, pero luego de un estudio más detallado pierden jerarquía, y revelan su categoría de segundo o tercer orden.

Pêcheux sabía del nivel provocador y subversivo de su trabajo, sabía del difícil medio en que se movía y las resistencias que despertaba, y su experiencia le permitió anticipar algunos de los desdoblamientos de este choque, algunas de las reacciones a su provocación. Una tercera referencia, entonces, a este texto de “actualización” y “perspectivas” (... *Mises au point et perspectives...*)...: que venga en nuestro auxilio y nos ayude a complementar la idea de lo que está en juego, de los signos que lo marcan, y del tono que le conviene:

(...) en las condiciones actuales del trabajo universitario, todo concurre a hacer muy difícil la articulación teórica de estas regiones. Dejando aparte el hecho de que esta empresa de articulación pueda aparecer a algunos como de un gusto teórico dudoso, se da por descontado que, con la mejor voluntad teórica y política del mundo, es difícil remover los obstáculos organizacionales y epistemológicos ligados a la balkanización de los conocimientos y sobre todo al rechazo-enmascaramiento universitario del materialismo histórico. La experiencia comienza a enseñarnos que es muy difícil evitar traducciones espontáneas que hagan que el materialismo histórico llegue a ser “la sociología”, **que la teoría del discurso se reserve el “aspecto social del lenguaje”, etc.** Incluso, para investigadores marxistas, sucede a menudo, que capaces de hacer una crítica lúcida de su disciplina de origen, parecen ciegos ante ciertos aspectos académico-idealistas de las disciplinas vecinas, hasta el punto que creen poder encontrar en ellas directamente “instrumentos” útiles para su propia práctica, incluso para su práctica crítica. La formulación que proponemos aquí de esta articulación no escapa, evidentemente, al riesgo que señalamos, puesto que este riesgo es coextensivo a las condiciones de la práctica universitaria actual. (*op. cit.*, p. 230-1; los énfasis en negrita son míos)

Estos párrafos de Pêcheux, decíamos, tienen la intención de una “puesta a punto”, el tono de riesgo de un “diagnóstico”, y por eso hoy podríamos querer saber, hacer el ejercicio de pensar si Pêcheux dió en el blanco, o no, en sus prospecciones. Dentro del mar de cuestiones que instantáneamente esto levanta, voy a limitarme aquí a algunas observaciones con respecto a la *relación con el psicoanálisis que el análisis del discurso convoca (...)*.

Pêcheux destaca, entonces, en la última cita referida, dos asuntos:

- la “*balkanización de los conocimientos*”, determinada por su organización en disciplinas universitarias: una cuestión de fragmentación-especialización del saber, esto es, de relación con el conocimiento, pero que no debe ser entendida como un llamado a

confiar en la maníquea perspectiva opuesta, como una orientación hacia la “unidad de un todo” que sería componible por un experto armador de rompecabezas; y

- el “*rechazo-enmascaramiento universitario*” de un cierto saber –el materialismo histórico–, en relación al cual, a su vez, no debemos dejarnos tomar por la imagen más inmediata y pregnante, aquella de que si quitamos la máscara aparecerá detrás el verdadero rostro –por el contrario, debemos acostumbrarnos a la idea de que el propio gesto de enmascaramiento es constitutivo del verdadero rostro, que *la máscara ya es el verdadero rostro* . (Si proyectamos la estructura de la represión inconsciente sobre esta cuestión, en la cual la represión es radicalmente constitutiva de la instancia inconsciente, obtenemos que el saber rechazado-enmascarado es propiamente una instancia de subjetividad reprimida, suturada, esto es, que está en juego un sujeto – propiamente, el sujeto del saber inconsciente– que se constituye en el propio gesto de rechazo-enmascaramiento).

La fragmentación-especialización puede ser pensada en estos mismos términos, es decir, en tanto “máscara” del saber.

Considérese también que, del lado del materialismo histórico, el saber que se intenta reprimir es, precisamente, la *lucha de clases* , la *lucha de clases en tanto sujeto* , un saber que fue condensado, en estilo lacaniano, así: “la relación social no existe” (Laclau).

“*[El] rechazo-enmascaramiento universitario del materialismo histórico...*”, dice Pêcheux. Se impone aquí –sería difícil saltarlo, demasiado forzado, pues– un paralelismo con las complicadas relaciones –plenas de tensión y malestar, de disputas no-resueltas– que el análisis del discurso, permítaseme decirlo, *está llamado a tener* con el psicoanálisis –en la medida en que la teoría psicoanalítica del sujeto, según Pêcheux, “atravesada” al análisis del discurso. Los primeros párrafos del texto “*Sólo hay causa de aquello que falla o el invierno político francés: inicio de una rectificación*” (Pêcheux 1979), escrito precisamente en el invierno político francés de 1978-9, son por demás elocuentes al respecto. Por ejemplo:

Intervenir en el Marxismo con respecto a la cuestión de la ideología, levantando cuestiones sobre sus relaciones con el Psicoanálisis y con la Lingüística, es, *ipso facto* , agitar una especie de “Triple Alianza” teórica que, por lo menos en Francia, se configuró en los nombres de Althusser, Lacan y Saussure durante los años 60. Como se sabe, el destino de esta Triple Alianza es, hoy más que nunca, extremadamente problemático, e incluso las condiciones del pacto son objeto de un verdadera disputa teórica y política en la que todo se abre nuevamente a cuestionamientos.

Si tal disputa afecta hoy al triple campo de la Lingüística, del Marxismo y del Psicoanálisis, es, fundamentalmente, porque alguna cosa *no iba bien* (entonces, y simultáneamente, *iba* , sin dudas, *demasiado bien*) en esa Triple Alianza, que pretendía “articular” entre sí esas tres disciplinas y controlar el tránsito entre los continentes de la Historia, del Inconsciente y del Lenguaje: donde hay humo hay fuego. (1979, p. 293)

Las cuestiones no-resueltas en el *interior* del análisis del discurso, las

dificultades, el malestar por estar *atravesado* por el psicoanálisis, *están presentes en el trabajo del propio Pêcheux*, de un modo que conviene especificar.

Pêcheux era sensible a esos conflictos y cuestionamientos y sabía de la necesidad de hacerlos *operar teóricamente: sabía* que ahí no hay alternativa, que ahí *le va la vida* a la teoría –la tensión teórica que conseguía imprimirle a sus textos es, permítaseme decirlo, una de las cimas de su aporte, tal vez lo que debe ser más valorado en la obra de Michel Pêcheux. Esas zonas de malestar y de angustia teórica fueron adoptadas como balizas, como puntos de luz que indican hacia dónde ir, que muestran en qué lugar hay que insistir, dónde hay que concentrar el fuego teórico. Claramente –y quiero enfatizar esto– *ese es uno de los sentidos más fuertes en que debe ser comprendido el “atravesamiento” del análisis del discurso por el psicoanálisis*: Pêcheux explicita muchas veces, reafirma su procedimiento de focalizar el esfuerzo teórico en los *impasses*, en los equívocos, en los conflictos, en un “*proceso sin fin de rectificaciones coordinadas*”: permítaseme decir, Pêcheux se concentra en *la angustia de la teoría, en los puntos en que la teoría se subjetiva*. No hay como negarlo: de un modo muy preciso y específico, este modo de proceder tiene mucho de *psicoanalítico*, constituye una dimensión en la cual el sujeto del psicoanálisis *se hace presente sin saberlo*.

Estos momentos de crisis de la teoría deben ser reconocidos como las instancias electivas donde *el inconsciente determina el pensamiento teórico*, el tiempo en que el sujeto-teórico-analista-del-discurso no puede recusarlo, el tiempo en que de un modo irrecusable recibe los efectos del “atravesamiento” inconsciente y puede llegar –o no...: una cuestión ética– a reconocerlo y a asumirlo, haciéndolo operar en la teoría. El psicoanálisis posee las mejores herramientas teóricas para captar y hacer sentir esa determinación inconsciente: por eso *no hay equívoco en el énfasis de Pêcheux sobre el atravesamiento del Análisis del discurso por el psicoanálisis. No hay lugar al malentendido*. En los párrafos que siguen a la cita anterior, Pêcheux hace explícito ese modo de proceder:

Y si esas disputas [en la Triple Alianza] provocan nubes de humo, cuyas capas, actualmente, no paran de extenderse (...), es también porque las disputas siguen su línea política de mayor inclinación y se realizan ciegamente como el efecto necesario de las causas que las determinan: donde hay humo hay fuego.

Y un poco más adelante:

Intervenir filosóficamente obliga a tomar partido: **yo tomo partido por el fuego de un trabajo crítico, que, muy probablemente, acabará destruyendo la ciudadela de la “Triple Alianza” como tal, aunque exista, al mismo tiempo, la posibilidad de que, por esta vía, algo nuevo venga a nacer – contra el fuego incinerador que produce solamente humo.**

Esta tomada de partido obliga a discernir las posiciones que, en el campo de batalla filosófica, precisan urgentemente ser abandonadas de aquellas posiciones que, hoy más que nunca, es importante ocupar y defender, **pero con la condición de que sean ocupadas y defendidas de un modo diferente**. Es una cuestión de precisión: la lucha filosófica (lucha de clases en la teoría) *es un proceso sin fin de rectificaciones coordinadas*, que se sustentan por la urgencia de una posición a ser defendida y fortalecida frente

a lo que podría llamarse la adversidad en el pensamiento. Y es asomando a esa “línea de mayor inclinación” que la filosofía toca específicamente lo real. (1979, p. 294; el énfasis en negrita es mío).

“...yo tomo partido por el fuego de un trabajo crítico...”, dice Pêcheux. Si tocamos la cuestión de la determinación inconsciente del trabajo teórico, esto es, de la dirección que puede asumir el trabajo crítico, ¿no es precisamente *la dirección de la determinación inconsciente* del pensamiento teórico la viene a definir aquí la “línea de mayor inclinación”? Por lo menos, en este texto de rectificación (“*Sólo hay causa...*”) sí lo es, y veremos por qué.

El modo en que se produce es el siguiente: cuando afirma que “*alguna cosa no iba bien*” (o que “*iba demasiado bien*”) en la “Triple Alianza” (Marxismo-Lingüística-Psicoanálisis) que constituye al Análisis del Discurso, Pêcheux asume, reconoce con arrasadora lucidez, el momento de crisis de la teoría. Y comienza a colocarnos sobre la pista de *su proceder* de acuerdo a la determinación inconsciente del pensamiento teórico cuando afirma que “*alguna cosa está fallando también del lado del Psicoanálisis, en la referencia hecha a sus conceptos*” (p. 299). Pêcheux explica esto. En la secuencia inmediata del texto, nos da a entender que en *Les vérités de La Palice* – su fundamental texto de 1975– dió una especie de “patinada” psicologista-platónica: “*como si lo que fue dicho del sujeto se confundiese tendencialmente con lo que fue puesto relativamente al ego como 'forma-sujeto' de la ideología jurídica, al punto de que el funcionalismo, expulsado políticamente por la puerta, pudiese, a pesar de todas las denegaciones, haber vuelto a tamborilear por la ventana psicoanalítica, en la forma de una especie de génesis del ego; por la fuerza de tomar exageradamente en serio las ilusiones del poder unificador de la conciencia*” (p. 299), por “*haber tomado demasiado en serio la ilusión de un ego-sujeto-pleno en que nada falla*” (p. 300). El momento clave de su relato llega cuando refiere el *modo en que llegó a reconocer* lo que “*no iba bien*”, lo que sospechosamente “*iba demasiado bien*” en *Les vérités de La Palice* . Pêcheux explica que lo que “falló” fue no haber podido calibrar, no haber conseguido dar el énfasis correcto sobre el primado práctico de la lucha de clases y del inconsciente, y que esa falla apareció en la forma de un síntoma (una formación del inconsciente) en su escritura:

Me parece hoy, que *Les Vérités de La Palice* rozaron esa cuestión de una manera extrañamente abortada, por el sesgo de un **síntoma** recurrente que sonaba hueco: estoy queriendo designar **el placer sistemático, compulsivo (e incomprensible para mí) que yo sentía al introducir la mayor cantidad posible de chistes** –lo que, he llegado a saber, acabó irritando a más de un lector.

Y continúa Pêcheux:

Era –percibo ahora– el único medio del cual disponía yo para expresar, por la guiñada del *non - sens* en el chiste, lo que el momento de **un descubrimiento tiene que ver fundamentalmente con el desequilibrio de una certeza** : el chiste es un indicador determinante pues, siendo estructuralmente análogo al carácter de falta del lapsus, acaba por representar, al mismo tiempo, la forma de negociación máxima con la “línea de mayor inclinación”, el instante de una victoria del pensamiento en estado nascente, la figura más pura de su surgimiento. Esto

refuerza que **el pensamiento es fundamentalmente inconsciente** [**“¡ello [ça] piensa!”**], **comenzando por el pensamiento teórico** (y el “materialismo de nuestro tiempo” no puede, sin correr graves riesgos, permanecer ciego a este respecto. En otras palabras, el *Witz* representa uno de los puntos visibles en que el pensamiento teórico encuentra el inconsciente (...)) (1979, p. 303; el énfasis en negrita es mío).

¿Cómo situar a Pêcheux, al sujeto-teórico-Pêcheux, en estos párrafos? Tenemos, en primer lugar, lo Real, lo que podríamos determinar como lo Real de la teoría: el primado práctico de la lucha de clases y del inconsciente. Luego debe considerarse la tensión del sujeto-teórico, la exposición subjetiva necesaria para que el síntoma, como un verdadero síntoma-de-la-teoría, surja en el pensamiento. En un sentido bien preciso, como dijimos, la exposición subjetiva del sujeto-teórico a los *impasses* -crisis de la teoría –estos momentos en que la teoría se subjetiva, en que *la teoría es sujeto* – constituyen tal vez la instancia más clara en que puede discernirse el *atravesamiento* del análisis del discurso por una teoría psicoanalítica de la subjetividad –se trata, para decirlo de un modo aún más claro, del inconsciente *en* el analista del discurso, y de como opera en el proceso de teorización.

El sujeto del inconsciente *atraviesa* al análisis del discurso: esto quiere decir que lo permea y lo parasita en cada una de sus regiones, en cada uno de sus enunciados. No es para menos, precisamente, si a partir del psicoanálisis puede afirmarse que el sujeto del inconsciente existe en la *distancia* entre enunciado y enunciación (entre saber y verdad), en la distancia entre la *crystalización* del enunciado (el enunciado en tanto metalenguaje, ese momento-de-la-letra, esto es, en tanto efecto e instancia constitutiva de “represión”) y el *puro acto* de la enunciación. Tal vez ese sea el mejor valor que podemos darle a la afirmación de Pêcheux de que el psicoanálisis “atraviesa” el análisis del discurso: marcar y subrayar que *no es una más* de las regiones de saber que el análisis del discurso “articula”, sino que, precisamente, *atraviesa la articulación*, que está en cualquier lugar y en cada uno de los puntos de esa articulación como un elemento que *acecha en el lenguaje* –en el discurso del *corpus*, evidentemente, pero sobre todo en la escritura de la teoría.

Esa condición del sujeto del inconsciente, en tanto efecto de la represión-castración, está llamada a determinar –sea por reconocimiento, sea por denegación, pero sin excepción– a la *escritura teórica del análisis del discurso*, y la eventualidad de su entrechoque, de su puesta en relación, con la escritura de la ciencia y la escritura del psicoanálisis.

¿SOCIAL-INDIVIDUAL?

La relación entre el análisis del discurso y el psicoanálisis ha llegado a ser interpretada en función de la oposición *social-individual*. Conjeturemos: a *grosso modo*, el análisis del discurso se haría cargo de los aspectos sociales-discursivos de la subjetividad –en referencia principalmente a la materialidad “lingüística” e “histórica”–, y el psicoanálisis del aspecto “individual” de la subjetividad, que encontraría soporte en otras materialidades (¿deseo?, ¿goce?...). Esta caracterización descubre el flanco que interesa, coloca en primer plano una cuestión muy interesante: ¿cómo se resuelve, cómo opera, en los diversos campos de saber, esta noción (individual-social) tan pregnante, que se impone de un modo tan inmediato y evidente sobre cualquier reflexión de lo “humano” (grupal, colectivo, masivo, singular, particular, universal...)?

Lo justo aquí es interrogar(se): ¿cuáles son las nociones de lo *individual* y lo *social* que se colocan en juego? Esa merece ser raspada hasta el hueso. Y otra pregunta surge casi de inmediato: si efectivamente decidimos limitar el alcance del sujeto del inconsciente a la esfera de lo “individual”, ¿cómo esto viene a incidir en la concepción de Pêcheux & Fuchs (*op. cit.*) de que el sujeto psicoanalítico “atraviesa” al análisis del discurso? Si esta noción (individual-social) estuviese llamada a situar y explicar la relación entre el psicoanálisis y el análisis del discurso, ¿cómo concebir entonces el “atravesamiento” de lo social por lo individual? En términos más generales, ¿cuál es la filiación teórico-ideológica que se hace presente en este movimiento de *recuperación y puesta en primer plano* de la oposición (de *cierta* oposición) individuo-sociedad? (No debe olvidarse que la relación entre lo social y lo individual ya fue debatido en el interior de las disciplinas que constituyen el campo teórico del análisis del discurso: ¿cómo relacionarlo con la oposición social-individual que Saussure localizó en la dicotomía lengua-habla?; ¿cómo relacionarlo con el modo en que Freud lo situó y discutió en *Totem y Tabú* , en *Psicología de las Masas y Análisis del Yo* , en *El malestar de la cultura... ?* ²).

Al mismo tiempo, para situar y debatir la cuestión de lo social y lo individual, debemos permanecer sensibles a los riesgos de “deslices” – inadvertidos muchas veces en su buena intención– hacia el “psicologismo”, o hacia el “sociologismo”. Ya señalamos que Pêcheux, en el texto “*Sólo hay causa...*”, se rectifica frente a cierto psicologismo de *Les Vérités de La Palice*, y ahora podemos prestar atención a las advertencias contra el “sociologismo” que él mismo realiza –en aquel y en otros textos.

“*[Es] muy difícil evitar traducciones espontáneas que hagan que el materialismo histórico llegue a ser ‘la sociología’, que la teoría del discurso se reserve el ‘aspecto social del lenguaje’, etc....*”, afirman Pêcheux & Fuchs (*op. cit.*; cf. cita más arriba). Imposible adivinar lo que tenían en mente cuando realizaron esa afirmación, pero podemos referir el riesgo que entraña *todo sociologismo*: postular, producir (cor)relaciones fijas, mecánicas, rígidas, entre repertorios de “padrones sociales” y repertorios de “rasgos discursivos”. Esto debe haberle quitado el sueño a Pêcheux: una y otra vez discutió la modalidad de existencia de las formaciones discursivas en el interdiscurso y su relación con las formaciones ideológicas, una y otra vez todo el juego, todas sus elucubraciones con respecto a las dominaciones, a los predomios, a las sobredeterminaciones. En el texto “*Solo hay causa...*” esto se hace presente cuando Pêcheux refiere la rectificación-autocrítica de Althusser con respecto a una posible lectura funcionalista-teoricista de la tesis de los Aparatos Ideológicos del Estado (AIE) –comprendiendo los AIE como “rituales sin fallas”, se trataba del riesgo de instalar un “eternismo” y un “reproduccionismo”. Por eso, préstese atención ahora a cómo Pêcheux comprende la falla, la ruptura, el quiebre en el ritual:

(...) el *non - sens* del inconsciente, en el que la interpelación encuentra donde agarrarse, *nunca es enteramente* recubierto ni obstruido por la evidencia del sujeto-centro-sentido que es su producto, porque **el tiempo de la producción y de su producto no son sucesivos** , como en el mito platónico, sino que están inscritos en la simultaneidad de unas rebatidas, de una “pulsación” por la cual el *non - sens* inconsciente no para de retornar en el sujeto y en el sentido que en él pretende instalarse.

Sólo hay causa de aquello que falla (J. Lacan). Es en este punto exacto donde al platonismo le falta radicalmente el inconsciente, esto es, la causa que determina el sujeto exactamente donde el

efecto de interpeación lo captura (...) (p. 300; el énfasis en negrita es mío).

Una cuestión clave, distinta, decisiva, surge en esta cita. “[E l] tiempo de la producción y de su producto no son sucesivos...”: esto es, hay un tiempo – tiempo de una experiencia, tiempo de exposición subjetiva– y hay una distancia a ser sentida y recorrida en este tiempo, entre la “evidencia del sujeto-centro-sentido” y el “non-sens del inconsciente”. Se trata precisamente de la concepción lacaniana de la distinción enunciado-enunciación –tiempo del sujeto nunca presente a sí mismo, tiempo de atraso-anticipación. *Recorrer incesantemente esa distancia y reconocer incesantemente sus efectos forma parte del trabajo del analista del discurso* . Exponerse subjetivamente a la falla de su discurso (y de su método de análisis), *escribir* esta falla... si no quiere reproducir el discurso cristalizado de un ritual-sin-fallas. No se me ocurre ahora una forma mejor de comprender el “atravesamiento” del análisis del discurso por el psicoanálisis.

LAS MARCAS DE ALTHUSSER Y LACAN

Althusser, en 1966, escribió sus dos “Cartas a D...”³ : en esas cartas, describió una circunstancia que tiene múltiples resonancias en la que estamos refiriendo ahora. Se trata, precisamente, de un **“ajuste de cuentas” teórico con Lacan** . A buen entendedor...:

Digo esto por nosotros, pero también por usted. Es posible que todo oyente de su Sociedad, al oírlo hablar contra la bio-etopsicología, haya sabido que reactivaba, de manera muy personal, el argumento fundamental de Lacan, y en el fondo lo que le debemos históricamente [a Lacan] en el sentido en que lo definí antes. Mas no estoy totalmente seguro de ello. Tengo razones para temer que la mayor parte de sus oyentes, o por lo menos algunos, y no los menos... estén rechazando cuidadosamente (y de ninguna manera en el sentido del rechazo analítico, sino en el del ideológico-político) la existencia de Lacan y su aportación, que es, a este respecto, absolutamente decisiva. Este rechazo es, permítame decirlo, *malsano*. Aun si se debe – y con mayor razón si al parecer se justifica – a las precauciones “políticas” que se deben tomar con personajes tan importantes como [fulano], que *caen en la psicología*. **No podemos permitirnos compromisos teóricos** : siempre se los paga muy caro. (...) A la larga, y hasta a mediano y corto plazo, esta política del silencio es, no puede no ser, una *mala política*. Aunque no fuese más que por la razón que ya le di: **su silencio es el medio más seguro para Lacan de mantenerlo cautivo de su fascinación** y de sus defectos personales, en el mismo momento en que usted piensa haber roto (y él también cree que usted rompió) todo vínculo con él. Mientras no haya hecho las cuentas con él de manera abierta, pública, objetiva, demostrativa, es decir teórica – y hacer las cuentas con alguien es empezar a reconocer lo que se le debe –, lo “dominará”, y al hacerlo le impide al mismo tiempo ser teóricamente libre y avanzar en verdad en la búsqueda teórica.

Y continúa Althusser:

(...) Al eludir, al evitar la tarea objetiva (político-teórica) de **hacer claramente las cuentas con Lacan**, se comporta como si todo lo que sucede entre Lacan y usted competiera exclusivamente a la interpretación analítica (su actitud por una parte y la de usted por la otra). Al no hacer (*en los actos*, y accesoriamente en su conciencia) la *distinción* indispensable entre, digamos, lo que compete a la *objetividad teórica* e histórica por una parte, y lo que compete a las *pulsiones individuales* y sus componentes en efecto de grupo por la otra, *usted se dedica* a los efectos de esas pulsiones, es decir, hablando brutalmente, *sólo a los efectos* de la “puesta en escena de Lacan”, y está usted paralizado ante la obra teórica de él, hasta ante lo que su “estilo” produjo y que es *objetivamente* valioso: su obra teórica, en la que desde luego es necesario hacer una selección, pero cuando se manda a paseo al vendedor de verduras, ¡después ya no es posible hacer la selección sin sus tomates! (Althusser 1966: 55-6; el énfasis en negrita es mío).

Hoy todo esto se revaloriza y adquiere un sentido revelador, por el hecho de que fue precisamente *Louis Althusser* quien lo dijo. Las siguientes palabras de Milner (2002) permiten dimensionar el acontecimiento-teórico-Althusser: “*Althusser había tocado a Marx. Como otros antes que él, grandes poetas o no, había tocado el verso y provocado con ello una crisis, que quizá todavía dura*” (p. 223). Pero él, Althusser, también ha sido – *es* – objeto de un “*malsano rechazo*”, de una particular “*amnesia teórica*”. Althusser hizo aportes absolutamente centrales, esenciales, para la constitución del análisis del discurso: *por derecho propio* ocupa un lugar de primera línea en la historia de esta disciplina, adquirido por la pertinencia y la calidad de sus intervenciones teóricas (más allá –y una cosa lleva a la otra– del reconocimiento y la admiración que Pêcheux le profesaba). ¿Cómo no reconocer en Pêcheux, también, los trazos más fuertes del estilo althusseriano de elaboración teórica?

Los “rechazos” de Althusser y Lacan se producen por motivos similares. Pêcheux le adjudicó a Althusser –al igual que a Espinosa, “*compañeros de herejía*” – la capacidad y “*el arte de llevar al extremo las cuestiones imperdonables*” (1979: 297). 4 *Junto a Althusser, entonces, Lacan*, como explica Zizek (1989):

(...) el gran debate que ocupa el primer plano de la escena intelectual de nuestros días, el debate Habermas-Foucault, encubre otra oposición, otro debate que teóricamente tiene mayor alcance, e; debate Althusser-Lacan. Hay algo enigmático en el repentino eclipse de la escuela althusseriana y es que éste no se puede explicar en función de una derrota teórica. Es más bien como si hubiera habido en la teoría de Althusser un núcleo traumático que había que olvidar, ‘reprimir’ rápidamente. Es un caso eficaz de amnesia teórica. (p. 23).

En relación a la cuestión del sujeto, Zizek considera a Habermas y a Foucault “*las dos caras de una misma moneda*” (una versión, en clave filosofía del lenguaje, del “*antiguo sujeto de la reflexión trascendental*”) y considera que “*la verdadera ruptura la representa Althusser, con su insistencia en el hecho de que es una cierta fisura, una hendidura, un reconocimiento falso, lo que caracteriza a la condición humana en cuanto tal*” (p. 24). También Zizek atribuye a Pêcheux “*la versión más elaborada de la*

teoría de la interpelación” (p. 25).

LA HERIDA NARCICISTA

La *relación con la teoría* constituye un desafío para el lector (...). Con sus afirmaciones, la *teoría* produce, de un modo u otro, una ruptura con el sentido común, una perturbación de lo que es vivenciado como natural y evidente. (...)

El *lector de teoría*, el sujeto-lector-teórico “*no es amo en su propia casa*”: a gusto y contragusto, asume riesgos. Esto nos recuerda las tres “*afrentas al amor propio*” de la humanidad que Freud (1917 [1916]) enumeró, las tres heridas narcisistas provocadas por la ciencia a cierta auto-imagen –evidencia, sentido común ...– de control y suficiencia que posee de sí mismo el yo-conciente. Tres veces herido: expulsado del centro de universo por los descubrimientos *cosmológicos* (Aristarco de Samos, Copérnico); desposeído por los descubrimientos *biológicos* (Darwin) de su arrogante creencia de que posee un *linaje* divino, disjunto del mundo animal; y “*la más sentida*” herida, porque ya “*degradado ahí fuera*” fue también penosamente destituido de su condición de soberano en su vida emocional y racional, de su posición de control y saber en su propia vida anímica. Freud nombra a Schopenhauer y habla de la afrenta *psicológica* – y hoy el nombre de Freud es sinónimo de la afrenta *psicoanalítica*. La prosopopeya da el tono de su afrenta. El psicoanálisis hace resonar su voz, y el yo escucha:

(...) Me veo obligado a decir que la culpa reside en ti mismo. Has sobrestimado tu poder al creer que podrías hacer lo que quisieras con tus pulsiones anímicas y no te hacía falta tener miramiento alguno por sus propósitos. Entonces ellas se han sublevado y han emprendido sus propios, oscuros, caminos a fin de sustraerse de la sofocación, se han hecho justicia de una manera que a ti ya no puede parecerte justa. Y de los caminos que transitaron; solo ha llegado a tu conocimiento el resultado de ese trabajo, el síntoma, que sientes como un padecimiento. No lo disciernes, entonces, como un retoño de tus propias pulsiones removidas, y no sabes que es su satisfacción sustitutiva.

Y enseguida:

(...) Confías en estar enterado de todo lo importante que ocurre en tu alma porque tu conciencia te lo anuncia luego. Y cuando de algo no has tenido noticia en tu alma, supones tranquilamente que no está contenido en ella. Y aún llegas tan lejos que consideras “anímico” idéntico a “conciente” (...) ¡Deja que se te instruya sobre este punto! Lo anímico en ti no coincide con lo conciente para ti (...). Te comportas como un déspota absoluto que se conformara con las informaciones que le brindan sus consejeros áulicos y no descendiera hasta el pueblo para escuchar su voz. Entra en ti, en lo profundo de ti, y aprende primero a conocerte; luego comprenderás por qué debiste enfermar y acaso evitarás enfermarte» (1917 [1916]: 134-5).

“*Así instruiría el psicoanálisis al yo*”, dice Freud. El yo del lector, una, dos, tres veces herido.

Agréguese un cuarto término a la lista, la lacerante afrenta *socio - histórica* perpetrada por Marx, el determinismo dialéctico e histórico... Y un quinto

término, la afrenta *lingüística*, con Saussure, que no cesa de colocar entre la espada y la pared los ideales de instrumentalidad y transparencia comunicativa, destacando la opacidad de la materialidad del lenguaje –en continuidad con la afrenta psicoanalítica, con la “autonomía del significante”, cada vez cobra más sentido la ominosa idea de “ser hablados por la lengua”. Y un sexto término, tal vez, la afrenta *ideológica*, la afrenta de la interpelación-asujetamiento, en el nombre de Althusser, tal vez una especie dentro del género o una renovación de la afrenta marxista después de reconocer la existencia del psicoanálisis. *En tí más que tú...*

El *yo* del lector, cuatro, cinco, seis, siete veces herido: Pêcheux llega tras los pasos de Althusser, para enrostrarnos su propia afrenta *ideológico-discursiva*: lingüístico-histórico-psicoanalítica. El aparato teórico del análisis del discurso es una especie de reconocimiento o “elogio al engaño” del sujeto en su existencia histórica.⁵ En sus momentos de acertada ponderación o de máxima exageración, angustiante y lúcida demostración de como somos ludibriados-enajenados en la ideología y el discurso.

Ponderación... ¡Exageración! Se trata del instante que captamos en el epígrafe: “*¡era necesario hacerlo!*”, afirma Pêcheux, ponderando la “exageración” althusseriana, su “provocadora debilidad” en la descripción del funcionamiento de la interpelación-asujetamiento en los Aparatos Ideológicos del Estado, haciendo del sujeto una “posición”, nada más que un “soporte”, algo próximo del autómatas que “funciona solo” porque es asujetao (interpelado en sujeto) por la ideología (1979: 296-7). En ese “*¡era necesario hacerlo!*” Pêcheux nos está hablando de la difícil encrucijada ética que la política a veces impone a la teoría –de hecho, Pêcheux reconoce los efectos políticos positivos de esta tesis, los efectos removedores sobre el “sujeto-político”, a pesar del “error” teórico que proyecta.

PSICOANÁLISIS Y MARXISMO (POLÍTICA Y TEORIA)

¿Y el sujeto-teórico? Intuitivamente, captamos que la lucha de clases y el inconsciente tienen algo en común: como mínimo, que ejercen determinaciones materialistas constitutivas del sujeto. Pero es como si entre ellos no existiese conciliación, como si faltase el punto de equilibrio teórico y estuviésemos destinados a la nostalgia del concepto que un día por fin llegará a articularlos. De hecho, el texto de rectificación que hemos venido refiriendo (Pêcheux 1979) muestra esa polaridad, la exhibe, la sostiene entre las manos como a un hierro caliente: en un solo momento, reivindica y realza juntos a *Althusser* y *Lacan*, como si el momento teórico reclamase *soportar* ese instante de tensión máxima. Pêcheux coloca en escena la tensión, la imposibilidad, el *impasse* en el *plano teórico* cuando se intenta articular la lucha de clases y el inconsciente, y al mismo tiempo nos dice que tienen una implicación *política* común:

Si, en la historia de la humanidad, la revuelta es contemporánea a la extorsión del sobre-trabajo es porque la lucha de clases es el motor de esa historia.

Y si, en otro plano, la revuelta es contemporánea al lenguaje, es porque su propia posibilidad se sustenta en la existencia de una división del sujeto, inscrita en lo simbólico.

La especificidad de estos dos “descubrimientos” impide fusionarlos, sea en la teoría que sea, incluso en una teoría de la revuelta. Pero la constatación del precio a ser pagado por esa imposibilidad obliga a admitir que, políticamente, uno y otro

tienen algo que ver. (1979: 302).

Este es el punto en que la *teoría* encuentra a la *política* en el terreno de una *ética*, aquel lugar que –dijimos al comienzo de este ensayo– nítidamente se vislumbra en Pêcheux –en *acto*, en el movimiento de la teoría, en la reflexión de sus rectificaciones. Es el punto en que su deseo, su “*tomada de partida por el fuego del trabajo crítico*”, lo coloca en contacto con la angustia inherente a su *objeto*, al objeto de su pensamiento teórico. Es el punto en que se abre la posibilidad de reconocer el *impasse*, y de realizar una lectura del síntoma de la teoría (recuérdense los chistes en *Les Vérites de la Palice*). Y este punto –aquí queremos llegar– no está libre de heridas narcisistas. La imagen de la teoría también vacila. Los movimientos de Pêcheux son arriesgados, y es muy difícil acompañarlo: choque de inconciliables, *golpe-de-dados* teórico, reconocimiento del *impasse*, atravesados por la ética del sujeto del inconsciente –apreciando y localizando algo genuino e innegociable en los gestos incesantes de reconocimiento del deseo: haciéndolo operar en el movimiento de la teoría.

* * *

Pero volvamos al lector. El aparato teórico del análisis del discurso supone esa condensación de golpes al amor propio. El lector va a recibir una imagen enajenada de sí mismo. Pero no cristaliza. No debe olvidar ni por un momento que en esa imagen se libra, se debate y se agita el deseo de Pêcheux.

Los diferentes términos técnicos desarrollados y/o trabajados por Pêcheux –sujeto, asujetamiento, ideología, formación ideológica, discurso, formación discursiva, interdiscurso, intradiscurso, efecto de pre-construido, efecto de sustentación...– apuntan a describir una dirección de determinación y/o sobredeterminación que se abate sobre el individuo cuando es asujetado-interpelado por la ideología, determinación inherente a su propia inscripción simbólica y que adopta la forma de evidencias de sentido (lo que “todo el mundo sabe que es así”).

El lector recibe una imagen enajenada de sí mismo. Cada cosa tiene su momento, es sólo una cuestión de tiempo (...): *era necesario hacerlo...*

NOTAS

1 O presente texto foi adaptado a partir de um outro texto que redigi em 2005 como apresentação crítica do livro *Hombres de Palabra* (Montevideu: Lapzus – Universidad de la República, 2005). Esse livro é a tradução de minha dissertação de mestrado (*A impostura da letra: escrita e subjetivação na transição dos assujeitamentos*), defendida no DL-IEL-Unicamp em março de 2001.

2 Véase la dirección que apunta Freud en los dos primeros parágrafos de *Psicología de las masas..* : “*La oposición entre psicología individual y psicología social o de las masas, que a primera vista quizá nos parezca muy sustancial, pierde buena parte de su nitidez si se la considera más a fondo. Es verdad que la psicología individual se ciñe al ser humano singular y estudia los caminos por los cuales busca alcanzar la satisfacción de sus mociones pulsionales. Pero sólo rara vez, bajo determinadas condiciones de excepción, puede prescindir de los vínculos de este individuo con otros. En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo*

mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo.

La relación del individuo con sus padres y hermanos, con su objeto de amor, con su maestro y con su médico, vale decir, todos los vínculos que han sido hasta ahora indagados preferentemente por el psicoanálisis, tienen derecho a reclamar que se los considere fenómenos sociales. Así, entran en oposición con ciertos otros procesos, que hemos llamado narcisistas, en los cuales la satisfacción pulsional se sustrae del influjo de otras personas o renuncia a estas. Por lo tanto, la oposición entre actos anímicos sociales y narcisistas – autistas, diría quizás Bleuler [1912] – cae íntegramente dentro del campo de la psicología individual y no habilita a divorciar esta última de una psicología social o de las masas” (1921: 67).

3 René Diatkine, que en aquel entonces ya hacía dos años que era su analista.

4 Junto a Espinosa, también, Lacan: compañeros de *kherem*, de *ex-comunión* mayor: la herejía espinosiana es la referencia que adopta Lacan para interpretar y elaborar su expulsión de la IPA, la Asociación Psicoanalítica Internacional, en noviembre de 1963 (véase Lacan 1964, *Seminario XI*, lección 1).

5 Cuestiones éticas “atraviesan” las posiciones teóricas en juego. Zizek (1989) señala: “*Aunque Althusser no escribió extensamente sobre problemas éticos, está claro que el conjunto de su obra encarna una actitud ética radical que podríamos denominar el heroísmo de la enajenación o de la destitución subjetiva* (pese a que o precisamente porque Althusser niega la noción misma de ‘enajenación’ como ideológica. Se trata no sólo de que hemos de develar el mecanismo estructural que está produciendo el efecto de sujeto como un reconocimiento ideológico falso, sino de que, a la vez, hemos de reconocer este falso reconocimiento como inevitable, es decir, hemos de aceptar un cierto engaño como una condición de nuestra actividad histórica, de asumir un papel como agentes del proceso histórico” (p. 25). Y agrega Zizek: “*En contraste con esta ética althusseriana de la enajenación en el simbólico ‘proceso sin sujeto’, podríamos designar a la ética que implica el psicoanálisis lacaniano como la de la separación. El famoso lema lacaniano de no ceder al propio deseo (ne pas céder sur son desir) apunta a que no hemos de borrar la distancia que separa lo Real de su simbolización, puesto que es este plus de lo Real que hay en cada simbolización lo que funge como objeto-cause del deseo . Llegar a un acuerdo con este (...) [resto], significa reconocer un desacuerdo fundamental (‘antagonismo’), un núcleo que resiste la integración-disolución simbólica” (p. 25).*

REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALTHUSSER, L. (1966) “*Cartas e D...*”. En: *Escritos sobre psicoanálisis – Freud y Lacan*. México: Siglo XXI, 1996 (pp. 49-95).

FREUD, S. (1917 [1916]) “Una dificultad del Psicoanálisis”. En: *Obras Completas*, volumen XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 1999 (6 a . reimp.)

_____. (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*. En: *Obras Completas*, volumen XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1999 (8 a . reimp.)

LACAN, J. (1964) *El Seminario – Libro XI – Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

MILNER, J.-C. (2002) *El periplo estructural*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

PÊCHEUX, M. (1975) *Semântica e discurso*. (Tradução de *Les vérités de La Palice*). Campinas, SP: Editora da UNICAMP, 1988.

_____. (1979) “So há causa daquilo que falha ou o inverno político francês: início de uma retificação”. *Anexo 3* de: Pêcheux, M. (1975).

Pêcheux, M. & Fuchs, C. (1975) “Actualizaciones y perspectivas a propósito del Análisis Automático del Discurso”. En: *Hacia el Análisis Automático del Discurso*. Madrid: Gredos, 1978 (3a. ed.).

ZIZEK, Slavoj (1989) “Introducción” a *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI, 1992.